

Josse De Kock

Estilística e informática

La literatura forma parte de nuestra civilización desde hace tanto tiempo que su memoria se confunde con ella. Desde hace tiempo también es un objeto de observación, comentario o crítica, sistemática u ocasional. El ordenador, en cambio, se ha introducido en nuestra civilización, en la literatura y la crítica literaria desde hace tan poco, que muchos pueden recordarlo. En el siglo XX, como en cualquier otra época, la irrupción de una técnica nueva en un terreno con una larga tradición no puede por menos de suscitar tanto entusiasmos inoportunos como

resistencias obstinadas. En el campo de los estudios literarios las reacciones suelen ser particularmente vivas ya que la explicación literaria sigue siendo, junto con la filosofía, la más humana de las llamadas ciencias humanas, es decir, entre otras cosas, una de las más rebeldes a las técnicas que se utilizan en las (llamadas) ciencias exactas o aplicadas, o simplemente, en ciencia.

En primer lugar ¿qué es un ordenador? Se le ha llamado también "cerebro electrónico", nombre que ha dado paso a una nueva disciplina muy en boga y que se autodenomina "inteligencia artificial". El término es expresivo pero equívoco y el calificativo "artificial" lo sugiere. Nada puede compararse menos a nuestro cerebro o inteligencia que una máquina electrónica, por muy perfeccionada que sea. No realiza en absoluto lo mismo que el cerebro humano ni de la misma manera. En cambio, muchas cosas que realizamos a veces con grandes dificultades, la máquina lo hace de prisa y bien, a condición, claro está, que una inteligencia humana la haya programado para ello.

El ordenador ordena mejor que el hombre, porque puede catalogar una cantidad mayor de datos según más criterios, con mayor precisión en menos tiempo, a la vez que puede interrumpir, variar y volver a empezar la clasificación

tantas veces y con tantas variantes como se pueda desear. La "computadora", otro nombre que le conviene, computa o calcula también mejor, más rápidamente y con menos errores que podríamos hacerlo nosotros, y permite abordar cuantitativamente, es decir de manera objetiva y precisa, datos que por su extensión, su frecuencia y su complejidad sólo podíamos percibir hasta ahora por intuición y, por lo tanto, subjetivamente. Por las operaciones que realiza, el proceso de datos por ordenador es una técnica que permite que se ordene, calcule o reorganice a discreción y en mejores condiciones la información contenida en los datos tratados, de ahí que se llama también, con toda propiedad, "informática".

Las obras literarias constituyen, como cualquier otra producción lingüística, grandes compendios de datos que cuentan entre los más complejos, ricos y difíciles de analizar. La informática es, por antonomasia, una disciplina adecuada para el estudio de tales conjuntos. No es que la crítica literaria pueda ser sustituida por la informática, pero sí que ésta puede ser una colaboradora útil del crítico en las distintas fases de su trabajo; y quizá acabe por parecer extraño que se conciba prescindir de ella en el futuro, cuando menos si se pretende que la crítica sea ciencia, tal como es el caso por lo común en la universidad.

O por lo menos en determinadas condiciones. Si se considera que la obra literaria es inspiración o don, sólo espíritu, acento o alma, y no el resultado de un prolongado e intenso trabajo, que la literatura es solo pensamientos, sentimientos o sensaciones, situaciones o relaciones entre objetos y personas, reales o ficticias, y no la expresión o transposición singular, personal y original de tales pensamientos, sensaciones o circunstancias; si se estima que leer o captar el hecho literario es únicamente intuición o sensibilidad y que su explicación tan solo debe reflejar esta receptividad personal y natural, momentánea y variable —impresión pues, en vez de desmontar y reconstituir en sus niveles distintos los elementos que lo constituyen, según perspectivas diversificadas y con pruebas fehacientes, queda claro que el ordenador será una ayuda mínima en el estudio de los textos literarios. Incluso puede ser un incordio.

En pocas palabras: sólo dentro de una determinada forma de concebir la explicación literaria, se justifica la incorporación de la informática. No viene aquí al caso que antes de que el ordenador estuviera disponible ya existiera tal concepción de la crítica literaria, o que el ordenador contribuya a crearla, renovarla, confirmarla o desarrollarla. Sólo más tarde sabremos cuál ha sido el papel del ordenador en la historia de la explicación literaria. Si se tiene el convencimien-

to, como lo tenemos, de que la informática constituye en la evolución de nuestra civilización un acontecimiento tan importante como lo fue la invención de la imprenta hace cinco siglos, puede pensarse que, de una manera o de otra, quedarán huellas en la evolución de la explicación literaria.

El ordenador permite explorar rápida, sistemática y exhaustivamente textos de gran extensión y destacar, graduar y por lo tanto clasificar, con precisión y objetividad, sus propiedades formales. Los textos informatizados pueden ser abordados de inmediato por cualquiera, simultáneamente con diferentes puntos de vista y distintos objetivos, sin que sean cada vez necesarios largos y repetidos trabajos preparatorios.

El ordenador ayuda al investigador a separar, aislar y por consiguiente identificar exacta y concretamente lo que es distintivo en obras (extensas y complejas), que el lector por lo general sólo capta en su conjunto. La informática puede ayudar a analizar la impresión que deja la obra, fundarla y, así explicarla, y eventualmente corregirla. De este modo la crítica literaria se hace con argumentos que contribuyen a otorgarle plenamente su estatuto de ciencia.

La informática y la cuantificación permiten descubrir lo incógnito y pueden orientar la inves-

tigación. Gracias al fraccionamiento, reagrupamiento, transformación y clasificación repetidos de los datos sometidos, se pueden destacar elementos o relaciones ignorados porque de costumbre se aprehenden inconscientemente, se confunden con otros más aparentes o escapan a las capacidades normales de la memoria humana. Los resultados sugieren una reordenación del trabajo y nuevas hipótesis. Hasta los fracasos y los límites de la máquina obligan a poner constantemente en tela de juicio los criterios utilizados y las ideas preconcebidas.

Aun cuando es cierto que cada uno puede proceder individual y manualmente a las verificaciones necesarias para el estudio de cada uno de los aspectos de cualquier obra —más vale no pensar en la pérdida de tiempo y el número de errores materiales que esto supone—, es improbable que la misma persona quisiera volver a empezar partiendo de cero una investigación análoga en las mismas obras, o pudiera llevarla a cabo en las mismas condiciones. Aun cuando algunos, por conocer las obras y los géneros, llegasen por vía intuitiva a conclusiones análogas, tendrían alguna dificultad en evaluar con precisión y demostrar concretamente —condiciones *sine qua non* de todo análisis científico— la generalidad de sus aserciones. Incluso si el ordenador tan sólo proporcionase o corroborase informaciones que ya se co-

nocen —cosa que me permito poner en duda—, ¿por qué no tener confianza en él? ¿Tan poco digno de nuestro interés sería un auxiliar que el hombre ha concebido, que realiza parte del trabajo en nuestro lugar, más deprisa y con mayor precisión? ¿Sería verdad que las impresiones o intuiciones, fruto de largas meditaciones solitarias, deberían gozar de mayor consideración que los resultados precisos, metódicamente obtenidos en un laboratorio de cálculo, en poco tiempo y en colaboración con todo un equipo?

Es comprensible que algunos tengan reparos en introducir el ordenador y la estadística en el comentario de la obra literaria o no se sientan preparados para ello. Es probable que sean más bien víctimas de una educación en la que la técnica tenía mala fama y que admitía o proclamaba que el don de las letras es incompatible con el de las matemáticas. Nuestras Facultades de Filosofía y Letras, o de Filología, son las últimas que no incluyen en sus programas de enseñanza cursos de informática y de estadística. Nadie ignora que de su enseñanza en los niveles superiores depende que se realice con éxito la implantación de técnicas, disciplinas e ideas nuevas; y la historia nos enseña que el progreso de la civilización, sin excluir el progreso intelectual, corren parejos con la asimilación y dominio de las nuevas tecnologías. Está claro, por fin, que no basta convertir

los libros en bandas perforadas o magnéticas, clasificar las palabras en listas alfabéticas o alfabéticas inversas, de frecuencia u otras, ni realizar a su propósito operaciones estadísticas (frecuencia relativa, chi al cuadrado, desviación reducida, coeficiente de correlación, de regresión, entropía, etc...). Ya ha ocurrido, por desgracia, que estos hayan sido los únicos productos de la computadorización; no existe mejor antipropaganda. Ni que decir tiene que los bancos de datos, índices diversos y resultados en cifras sólo tienen sentido si dan paso a un análisis cualitativo de los textos informatizados. El ordenador es sólo un instrumento que prepara a ello. Pero también creo que se está en un error si se renuncia a él voluntariamente, y pienso que su utilización es siempre benéfica.

Bastante ha padecido ya la reputación del ordenador por culpa de modelos exclusivamente teóricos, elaborados en cámara estéril, que ni se aplican ni se pueden aplicar porque no se tienen en cuenta las condiciones más elementales de la exploración automatizada efectiva; porque los resultados que se han obtenido parten de datos hasta tal punto preparados que se puede dudar de la utilidad y gran parte de las ventajas del ordenador: su objetividad, la precisión, la rapidez, el gran número de datos y factores, la repetitividad, etc... Tampoco han sido ventajosas para el orde-

nador tantas interpretaciones, cuyos datos iniciales y las operaciones con ellos realizadas se han silenciado cuando no disimulado o traficado, y tantos proyectos de gran envergadura pero sin resultados, o cálculos complicados pero ciegos, cuyas consecuencias en el plano literario quedan por demostrar.

Es, pues, de desear que las investigaciones informatizadas que se presentan no sean proyectos puramente teóricos o especulativos, sino aplicaciones efectivamente puestas en práctica en obras literarias extensas con resultados concretos; que se conozcan los datos iniciales, que estos no hayan sido completados, menguados o alterados en el curso de la investigación y estén disponibles; que las operaciones estén descritas y puedan ser fragmentadas y repetidas en cualquier momento; y que, por fin, se establezca claramente cuál es la relación entre los resultados de la computado-rización y el texto literario analizado.

Universidad de Lovaina